

Reseñas

José Teruel, Santiago López-Ríos (eds.): *El valor de las cartas en el tiempo. Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936*, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2023 (391 págs.)

Reviewed by **Azucena López Cobo**, Universidad de Málaga, Departamento de Filología Española, Italiana, Románica, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Facultad de Filosofía y Letras, E-Mail: alopecobo@uma.es

<https://doi.org/10.1515/iber-2024-2002>

El acierto de *El valor de las cartas en el tiempo* de Teruel y López-Ríos consiste en reunir en un volumen una serie de aproximaciones a epistolarios inéditos posteriores a 1936 cuyos emisores y destinatarios son escritores e intelectuales españoles de dentro y fuera de España. Su lectura corrobora que las relaciones entre los transterrados y el interior, insiliados o no, en terminología de Aznar Soler, hay que buscarlas en los epistolarios y en los documentos privados. Es ahí, a la sombra del foco cegador de la censura y protegidos de la significación pública, donde pudieron manifestarse posiciones no dicotómicas. De las muchas novedades de este volumen, este último aspecto resulta quizá el más sustancial. El debate público sobre si era posible una proximidad entre los extremos lo establecería en 1951 Robert G. Mead al denunciar el tajo que la censura abría en los intelectuales de la Península y en el reconocimiento de los exiliados. Ciertos autores alimentaron esta discusión (Julián Marías, Arturo Barea, José Luis Aranguren, Guillermo de Torre), mientras otros expresaban templanza en su correspondencia, convencidos como estaban de que alimentar esa discrepancia en público difícilmente contribuiría a acercar posturas (Francisco Ayala, Max Aub, Segundo Serrano Poncela). Toda iniciativa de aproximación fracasó durante años, quedando al descubierto diferencias irreconciliables, al menos, sugería Claudio Sánchez Albornoz, mientras “no se modifique la situación política en España” o, en palabras de Ramón J. Sender, mientras se mantengan “las condiciones presentes”.

El acertado título elegido por Teruel y López-Ríos para su monográfico muestra que esas mismas cartas que entonces trataron de aproximar posturas, hoy permiten consolidar evidencias como la de que los intereses culturales establecen sus propios canales de comunicación y que en el terreno intelectual y creativo posiciones distantes, aun existiendo, no impidieron constantes intercambios que tejieron en el tiempo una red de conexiones sin cuya trama resulta muy difícil comprender en toda su amplitud y complejidad el diálogo que sucedió al final de la dictadura, aunque debamos aceptar que tal entendimiento no fuera sencillo y sin concesiones.

El hilo conductor de los quince estudios que conforman este monográfico son colecciones de cartas inéditas posteriores a 1936 que implican a más de una veintena directa de intelectuales y creadores (a centenares de manera indirecta), realizados por quince investigadores que analizan su contenido y las circunstancias en que fueron escritas. Y al hacerlo, reflexionan sobre el necesario alcance que la publicación de estos documentos aporta a un país que vivió una dictadura de cuarenta años y que medio siglo después de muerto el dictador no alcanza a conocer mucha de la intrahistoria de ese periodo. Episodios que de manera explícita o implícita pueden rastrearse en la correspondencia de estos hombres y mujeres.

Algunos de los trabajos del volumen ofrecen las dos caras de la comunicación epistolar, ya sean cartas bidireccionales entre dos corresponsales (Luce López Baralt, Carmen de la Guardia, Santiago López-Ríos, José Luis Gómez, Álvaro Díaz, Elena Sánchez de Madariaga) o de un emisor hacia tres o cuatro destinatarios (Ximena Venturini), e incluso hacia una pluralidad de receptores, siendo el punto de conexión el remitente: Dámaso Alonso (José Antonio Llera), Leopoldo Panero (Javier Huerta), Guillermo de Torre (Domingo Ródenas), Camilo José Cela (Arantxa Fuentes), Carmen Martín Gaité (José Teruel, María Vittoria Calvi). Casi todos ellos presentan un número más o menos abultado de documentos. Solo dos atienden a una gavilla: Raquel Fernández estudia tres ejemplares, mientras el tándem formado por Julio Checa y Alba Gómez, aun sobre la base de un conjunto de 62, profundiza en una única carta a modo de estudio de caso. Esta diversidad, lejos de ser un inconveniente, aporta riqueza porque muestra metodologías muy diversas de aproximación y abordaje, así como grados diferentes de profundidad en sus conclusiones.

La ambición de este recopilatorio la proponen sus editores al comienzo del volumen en una introducción que es una loa a la carta como documento que alumbra nuestra historia intelectual, y donde Teruel y López-Ríos ambicionan “una historia epistolar de literatura española posterior a 1936” (13). En este sentido, las cartas que son objeto de los estudios de este volumen presentan al menos una triple funcionalidad. En primer lugar, enriquecen con su contenido la comprensión de las relaciones culturales y de la historia literaria de nuestro país, iluminando recovecos ignorados o ensombrecidos por la historiografía —voluntaria o involuntariamente, consciente o no—. En segundo lugar, y debido al periodo que abarcan, conectan corresponsales que corrieron suertes muy distintas y actúan en ocasiones como sólidos puentes, otras como laxas y flexibles lianas pero, en todo caso, conexiones que mantuvieron el nexo entre ramificaciones y puntos distantes. Algunos de sus protagonistas, como se percibe en estas correspondencias, cumplieron un inestimado cometido nodal que merece que conozcamos y valoremos. La tercera tarea consiste en la capacidad de dotar de presencia al corresponsal ausente, una cualidad nada despreciable por el lapso temporal que cubren.

Luce López Baralt abre el apartado de los estudios presentando las 85 cartas que forman la correspondencia que mantuvo con Jorge Guillén entre 1964 y 1982. La excepcionalidad de haber sido corresponsal del poeta vallisoletano la distancia del resto de investigadores en la medida de su doble condición de protagonista y editora de este epistolario. Se trata el suyo de un relato a medio camino entre la autobiografía y el esfuerzo objetivo sobre un personaje cuya voz le presta, lo que no deja de resultar paradójico para el autor de *Cartas a Germaine (1919–1935)*, quien empleó la misma técnica de suplantación con la persona amada. López Baralt ofrece un testimonio emocionante y cercano de alguien que, confiesa, “me convirtió en su inesperada ventana (¿o en agente encubierto?) que le informaba del universo letrado de aquella España aún en posguerra” (37).

El objeto de estudio de Javier Huerta es la correspondencia de Leopoldo Panero conservada en su casa-museo de León (fondo Astorga) y en el Centro Cultural Generación del 27 (fondo Málaga, con casi doscientas cartas). De este último, organiza su corpus en cuatro periodos cronológicos agrupados por interés temático, para centrarse finalmente en lo que ha dado en llamar su “epistolario inglés”. Una de las riquezas de esta correspondencia es que en ella se percibe el frágil hilo que nutría el nexo entre escritores de dentro y fuera del país durante la posguerra: “Panero mantuvo cordiales, y en algunos casos fraternales relaciones con exiliados republicanos en Londres” (60). Frágil no porque no fuera sólido, sino porque el tiempo lo ha desdibujado hasta casi hacerlo desaparecer. Huerta reivindica la memoria del poeta, prosista y crítico de quien dice con amarga ironía “que perdió la guerra no una, sino al menos tres veces”: cuando casi fue fusilado por izquierdista, cuando se convirtió en el poeta oficial del franquismo y, la tercera, “quizá la peor, porque le fue inferida por su viuda e hijos en *El desencanto*” (56). Con todo, su muerte prematura y a destiempo es la responsable última, ya que le hurtó la posibilidad concedida a otros de “descargar su conciencia y adherirse a la democracia con el temperamento liberal de que siempre hizo gala” (57). Cabe preguntarse si, de haber vivido treinta o cuarenta años más, se habría producido algún tipo de restitución sobre su figura, dado que intelectuales que también hicieron gala de ese mismo temperamento liberal y sin apasionamiento falangista en su haber aún son objeto de una sospecha nacida de la dicotomía radical de la guerra cuya sombra llega hasta nuestros días.

Algo de ese barro que todo mezcla y borra cualquier sutileza es a lo que Dámaso Alonso alude en su carta a Guillén de 1952 al compartir la ironía del destino de aquellos que nadaron en las aguas revueltas de la guerra sin identificarse explícitamente con uno u otro bando; dificultades mayores para quienes no salieron del país y cuya falta de adhesión sin mácula los convertía a un mismo tiempo en diana de tiro de ambos bandos. José Antonio Llera abre su texto con esa expresiva cita epistolar de un Dámaso Alonso “cercado de monstruos”: “en lo internacional resulto un fachista asqueroso, y en lo nacional un rojo indeseable. ¡Está uno divertido!” (91). En

esa misma línea se expresa el expediente de depuración que lo acusa “de izquierdismo moderado, del grupo afín a Ortega y Gasset y del Instituto de Humanidades Aula Nueva” (97), y del que escapó sin sanción. Llera también participa de la línea que cruza el volumen entero, la de que incluso los extremos estéticamente irreconciliables dentro de la Península, como fueron garcilasistas y espadañistas, en un periodo en que entre estética y política no había resquicio posible, supieron tender si no puentes, al menos lianas de comunicación: “la correspondencia entre Victoriano Crémer y García Nieto desde comienzos de 1945 demuestra que las diferencias estéticas no eran óbice para que se produjera cierto diálogo e intercambio” (101). La argumentación de este trabajo subraya el cuidado y atención desprejuiciados con que el investigador debe aproximarse a los textos y autores del periodo, y cómo la correspondencia desempolvada y publicada terminará por ofrecer perfiles plurales y sombrías aristas de los hombres y mujeres tras el nombre público; unos perfiles y unas aristas que acaso deban ser reinterpretadas a la luz de los nuevos datos.

En esta misma línea, los investigadores Julio Checa y Alba Gómez inciden en la urgencia de “afinar en la reconstrucción de perfiles identitarios de los individuos y reconocer la complejidad de la identidad pública y privada de los mismos”, a la vez que alertan de “los peligros de una lectura descontextualizada o sobre la necesidad de revisar [...] los límites del supuesto pacto ficcional” (125). Se aproximan a más de medio centenar de cartas de Gregorio Martínez Sierra y de Catalina Bárcena con sus hijos, la mujer del empresario y la madre de la actriz, para apuntalar el estudio de caso que presentan a partir de dos versiones de “una cuartilla mecanografiada por ambas caras, fechada en Juan-les-Pins el 12 de julio de 1938” (120). Este análisis minucioso resume algunos de los aspectos que debe considerar toda aproximación a epistolarios de guerra y posguerra, como son el temor por la propia supervivencia y de seres queridos o la extremada prevención de los implicados en no dejar por escrito aspectos que pudieran ser malinterpretados por cualquiera de los bandos en contienda o por la intervención postal del régimen tras el primero de abril de 1939. Esto dio lugar a la construcción de códigos de comunicación cifrados, “artefactos” (124), que, como aquí, obligaron a sus protagonistas “a mantener una equidistancia que, con la perspectiva que nos ofrece el tiempo, nos parece ambigua e incluso cercana a la impostura” (124).

El exilio de Guillermo de Torre es quizá de todos los nombres que aparecen en este volumen el que más y mejor se puede rastrear a partir de los casi ochocientos corresponsales con los que se carteó y que autoriza a Domingo Ródenas a ofrecer una amplia y estructurada visión de su trayectoria creativa tanto del periodo de preguerra como con posterioridad a 1936. Y lo que es más importante para los objetivos del actual monográfico, este epistolario brinda una riqueza de datos constitutivos de tramas corresponsales de incalculable valor que proporcionará el conocimiento en detalle de muchas de las iniciativas que se emprendieron y de las que se

tiene noticia —acaso de alguna aún desconocida— para que la comunicación entre intelectuales enfrentados por razones políticas y circunstancias históricas no se rompiera primero y se consolidara después. Guillermo de Torre se erige, en este sentido, en uno de los polos de conexión clave para la comprensión de todo el periodo y es de esperar que en los próximos años su epistolario nos siga dando alegrías.

Ejemplo de lo dicho, sin ir más lejos, lo tenemos en el siguiente capítulo de Raquel Fernández dedicado a analizar tres cartas enviadas al ultraísta por Ángela Figuera Aymerich entre 1959 y 1962. Lo llamativo de este ensayo está en el punto de arranque. Se trata de un proemio doblemente reivindicativo: del documento epistolar como objeto de estudio de los historiadores de la literatura y de la especial atención que se debe prestar a los debates en el seno de las cartas en torno a conceptos como el de “autoridad literaria” y a “procesos de canonicidad” en términos que mantenían fuera de la centralidad la producción de las mujeres (154). Desde esta posición de marginalidad, por mucho que entre los miembros del canon siempre haya un nombre que parezca desdecirlo y al que se acogen quienes consideran inexistente tales prácticas —conscientes o inconscientes— y frente a quienes todavía defienden que la razón de tal marginalidad se deriva de la escasa o nula calidad de las obras de las escritoras —que también las habrá—, Raquel Fernández recorre el proceso de aceptación crítica de los poemarios de Aymerich y constata su inclusión en el grupo nuclear de los poetas del momento junto a Celaya, Hierro u Otero. No obstante, esto no impide que en las cartas a Torre, Aymerich deba desplegar todos los recursos a su alcance para dar visibilidad a la producción propia, en una clara denuncia de los prejuicios de género en las secuencias de recepción e interpretación de la obra, generadoras de prácticas de lectura hegemónica de difícil cambio.

Carmen de la Guardia estudia la correspondencia cruzada entre Consuelo Berges y Eloína Ruiz Malasechevarría y, como en el caso anterior, también señala la necesidad de dar visibilidad a la labor creadora e intelectual de estas dos mujeres como miembros del proceso constructivo del entramado de correspondencias. Debería sorprendernos que se precisen preámbulos que preparen al lector sobre el modo de acercarse a las misivas escritas por mujeres, pero todavía se hace necesario recordar al menos dos cosas, una derivada de la otra: que en las primeras décadas del siglo xx las mujeres adquieren la conciencia individual de ser sujetos políticos independientes, y que solo después de asumir tal cosa empezaron a reconocerse como grupo y a ejercer esta identidad colectiva. Los documentos privados como las cartas, su estudio sistemático y su publicidad, permitirán determinar hasta qué punto pudieron darse redes intelectuales o creativas entre mujeres que vinieran a generar una labor de reconocimiento mutuo, mientras que en la arena pública competían con sus compañeros en clara situación de desventaja de oportunidades: “Desde nuestro presente se percibía a las mujeres modernas como parte de un todo

identitario, compacto y constante. Solo en los últimos años han ido apareciendo biografías, ediciones de epistolarios y autobiografías que posibilitan vislumbrar singularidades y diferencias” (171). La correspondencia entre Berges y Ruiz Malasechearría versa, entre otras muchas cosas, sobre estos aspectos y sobre la difícil supervivencia de la condición femenina tras la guerra.

Otro de los nodos de la red de conexiones intelectuales del exilio lo encontramos en Francisco Ayala, solo que un nodo en movimiento. Su correspondencia con Eduardo Mallea y Francisco Romero es objeto de análisis de Ximena Venturini, que se ha decidido por un criterio de ordenación por emisor y no cronológico, a pesar de que permitían el diálogo cruzado entre ellas. La amistad con el argentino Eduardo Mallea es lo que facilita a Ayala la pronta vinculación al suplemento literario *La Nación*, del que Mallea era el director. Era asimismo cofundador de la bonaerense *Sur* con Victoria Ocampo y en lo sucesivo mantendría acalorados debates con Borges acerca del papel del escritor y la escritura. La discrepancia en las posiciones condujo a la escisión de *Sur* y al nacimiento de la revista *Realidad. Revista de Ideas* (1947–1949) de la que Ayala sería uno de sus directores en la sombra. Después de su estancia en Argentina se instaló en Puerto Rico, donde también se hizo muy presente en *La Torre*, revista de referencia para los escritores en el exilio. Más tarde se mudó a Estados Unidos y ahí permaneció hasta su jubilación. Como Torre, Ayala es un nodo que viajó entre diversos núcleos de exiliados de la geografía americana para regresar a España en 1960, en un viaje de ida y vuelta que lo decepcionó tanto como lo aproximó a Aranguren. Torre desde Argentina, Ayala desde Estados Unidos y Aranguren desde España formaron durante un tiempo el triunvirato de gestación de la revista *El Puente* cuyo cometido era el acercamiento de los escritores exiliados y los del interior. Una revista que, a pesar de los muchos esfuerzos imprimidos, no pasó del desiderátum y que finalmente solo vio la luz como colección literaria.

Es un hecho que la mayoría de los exiliados anduvieron por más de un país hasta que encontraron un lugar propicio para sobrevivir a la espera de circunstancias favorables para el regreso. No ocurrió así con Néstor Almendros, galardonado con un premio Oscar por la fotografía de *Days of Heaven* (Terence Malik, 1978), cuya correspondencia con Pilar de Madariaga nos muestra a un creador aferrado más que a una identidad de nación, a una ideología apátrida. Elena Sánchez de Madariaga tilda la errancia de este joven que recaló en Vassar College entre 1957 y 1959 y donde trabajó amistad con Pilar de Madariaga y Sofía Novoa, como la de alguien perteneciente a “una red transnacional de exiliados españoles en Estados Unidos” (169), expresión que abre la puerta a la reflexión de una manera de concebir el exilio que no problematiza la tierra de procedencia ni la de acogida, en línea con la nomadología de Deleuze y Guattari. Lo que explica que tras su residencia en Cuba de 1959 a 1963, de cuya revolución se desengañó temprana y profundamente, abandonara la isla dejando atrás a toda su familia para regresar a la España de Franco con el

objetivo de conseguir un pasaporte que le autorizara a seguir viajando por el mundo. No sorprende, entonces la visión que tenía de sí mismo “como un asteroide que era satélite y se salió de su órbita” (231).

Muy estimulante es la aproximación de Arantxa Fuentes a la correspondencia del director de *Papeles de Son Armadans* por la centralidad de la revista desde su fundación y a lo largo de la década de los sesenta y setenta, así como por la voluntad de incorporar creadores exiliados y del interior, consagrados y en ascensión. Cabe recordar que la excepcionalidad de su actividad en “plena dictadura” como “un lugar espectral de convivencia, solidaridad y libertad” (246) se debió a la especial protección que el director general de Prensa, Juan Aparicio López, prodigaba al fundador, sin desdeñar la enorme habilidad de Cela para manejarse siempre al límite de ser censurado. No obstante, la necesidad que tenía la dictadura de consolidar un grupo visible de intelectuales y creadores de primer nivel fue el resquicio que Cela aprovechó para crear su cabecera que pasaría la censura en Mallorca, lejos de la capital. El estudio de Fuentes incorpora con habilidad conceptos como “voces-puente” (aunque referidas a la polifónica labor de los implicados y no a la conexión de escritores españoles dentro y fuera del país) o “red intertextual que iluminará los epistolarios entre sí” (243). Esto sugiere que nos encontramos ante otro foco nodal que atrae y genera confluencias y cuyo análisis documental abrirá líneas de comprensión de una realidad relativas al establecimiento del canon, estrategias publicitarias y conexiones entre autores que necesariamente habrán de ponerse en diálogo con lo desgranado por otros conjuntos epistolares, algunos de cuyos hitos, como chinchetas, este volumen se ha propuesto tachonar en la cartografía cultural española de la segunda mitad del siglo xx.

La correspondencia como objeto de estudio ilumina aspectos de nuestra historia literaria sobre los que, de otra manera, solo podemos lanzar hipótesis y tratar de corroborarlas preguntándole al texto cargados con un armazón crítico. En ocasiones este ejercicio depara más interrogantes que respuestas, lo que prolonga la duda sobre la intención de lo que un autor quiso o no decir, sobre el sentido último del texto, si es que es posible aspirar a tanto. Como filólogo, Santiago López-Ríos ha sabido poner al servicio de tales edificios críticos la mayor iluminación que la correspondencia entre Américo Castro, José Jiménez Lozano y Miguel Delibes le ofrece. A través de las cartas cruzadas se muestra a un Castro en los últimos años de su vida que parece encontrar en los dos jóvenes novelistas y católicos practicantes a dos almas afines capaces de comprender la teoría que resume una vida de estudio: que la enfermedad española tiene su germen en el individualismo alimentado por la Iglesia inquisitorial y antierasmista del siglo xvi y que el edificio de la modernidad se ha construido sobre los cimientos de la marginación que el cristiano viejo ejecuta implacable sobre el cristiano nuevo, sobre el otro, el diferente: “La democracia moderna es, sencillamente, una secularización ideal del espíritu evangélico” (274), jus-

tificará Castro en carta a Jiménez Lozano. Para Castro, el catolicismo ha olvidado el servicio que toda alma debe a los demás en respuesta a la vida humana, y de este modo reduce a la esencia de un concepto, “el hecho humano habitado”, el sentido de la existencia: “de no ser vista así la realidad (de hace mil años y de ayer) pasa uno por la vida como broza arrasada por aguas presurosas” (288). Este ensayo esboza el entramado de conexiones semánticas entre “el hecho humano habitado” del viejo filólogo y las novelas *El sambenito* de José Jiménez y *El hereje* de Miguel Delibes y consigue trazar una conexión razonable entre la filosofía de vida de tres autores aparentemente tan distantes a través de un volumen de solo 26 cartas que, como se anuncia al comienzo, “demuestran que, a veces, el valor de un epistolario no guarda proporción con su tamaño” (265).

El interés de la carta como forma de tener presente al corresponsal ausente es el eje que vertebra los ensayos de José Teruel y M.^a Vittoria Calvi, que por primera vez abordan en sendos textos el estudio específico de la correspondencia de Carmen Martín Gaité. El primero busca en las misivas respuesta a tres cuestiones de las muchas que se plantea, estas son el valor comunicativo de la carta en sintonía con la poética de la escritora, la funcionalidad de estos documentos como fuente para la biografía y la adquisición de una identidad autorial autónoma; si bien en este pro-teico trabajo se proponen líneas de interés que incitan la curiosidad sobre futuras entregas del autor. La segunda toma el experimento *El Interlocutor Exprés* (1992–1994), “una práctica comunitaria de escritura epistolar” (324), como aval de autoconciencia en la escritora que había sido adquirida tempranamente, como había avanzado Teruel en la correspondencia con Juan Benet, Miguel Delibes o Juan Goytisolo, entre otros. El análisis de la participación de la autora en este fanzine elaborado para la expresión y deleite de un grupo de quince creadores constituye una absoluta novedad. Teruel y Calvi recorren el camino abierto por las cartas de Martín Gaité desde y hacia sus textos publicados, en un trayecto que reconstruye las diferentes fases de la génesis autorial y donde la carta es un elemento más, bien que por su naturaleza se entremezcle con ingredientes de carácter privado. Las cartas —llegan a decir, él partiendo de la misiva individual, ella desde la escritura colaborativa—, nos asoman a diferentes estadios del proceso creativo en tanto que, como los planos de un edificio en construcción, lo fundamentan, pero no son su resultado último.

José Luis Gómez Toré, por su parte, analiza la correspondencia del poeta José-Miguel Ullán con María Zambrano cuyo enlace conector sería Ángel Valente, en una suerte de presentación temática de aspectos que interesan a ambos corresponsales. Las once cartas y la tarjeta postal que componen el análisis de esta correspondencia vertebran un diálogo entre dos miembros de generaciones distintas que buscan puntos de conexión desde los que analizar el presente. Su autor lo organiza temáticamente sobre tres ejes. El primero, la homosexualidad en su condición diferencial y sobre la que el heteropatriarcado ejerce una asfixiante presión que conduce a

algunos de sus componentes a su desaparición prematura (asesinato en el caso de Lorca, suicidio en el caso de Calvert Casey) o a la consideración de raros, difíciles en el trato (Cernuda). Zambrano defiende esta condición en tanto que respeto a la diferencia, a pesar de su “reticencia, consciente o no, a hablar abiertamente de una orientación sexual que no era la suya, pero sí la de personas muy cercanas” (347). El segundo eje lo constituye el exilio asumido por Zambrano como una condición ontológica, transhistórica (355) y que a través de esta amistad da lugar a “una suerte de reencuentro simbólico” entre dos generaciones de españoles que han vivido *casi* a espaldas entre sí, “entre quienes han crecido en la España de Franco y la generación de los exiliados” (355). La última temática abordada es la relación de amistad entre el poeta y la filósofa, una de cuyas expresiones resulta la ayuda que pide Zambrano a Ullán para recopilar sus textos dispersos para *España, sueño y verdad*.

Álvaro Díaz Ventas es el último ensayista de este volumen y el primero que aporta correos electrónicos (10 de los 11 documentos analizados) entre Carlos Blanco Aguinaga y Rafael Chirbes, en lugar de cartas escritas al uso tradicional a mano o a máquina. Organizado también temáticamente, el primer aspecto presenta los comentarios mutuos sobre lecturas de manuscritos y obras. Se trata este de un modelo de comunicación constructiva —incluso cuando la retroalimentación no gusta— acerca de cómo el texto se enriquece con lectores inteligentes e implicados en el proceso creativo del otro. El segundo y último bloque temático pone el dedo en la llaga sobre la deriva del *establishment* crítico y su alianza con los autores dominantes en un proceso de imposición de un tipo de cultura (y por tanto de lecturas) de “una literatura apolítica y acrítica” (374) que marginaliza la problematización de los productos culturales de la sociedad española del cambio de siglo. Por estos *emails* corren opiniones sobre obras y autores aclamados por crítica y público que son ácidamente juzgadas por los interlocutores. El último aspecto tratado en este segundo bloque es la pugna entre el compromiso social de los escritores y el rencor político.

En 2018 Ana Garriga y José Teruel firmaron “De la teoría a la circunscripción histórica”, introducción al volumen *Historia e intimidación. Epistolarios y autobiografía en la cultura española del medio siglo* (editado por el segundo), donde parecían sentadas las bases sobre la propedéutica que mueve a los investigadores a la publicación de la correspondencia privada intercambiada por creadores e intelectuales. Este volumen refuerza y afianza aquellas razones para las cartas escritas en su mayoría durante la guerra civil española y la posterior dictadura, con ejemplos menos numerosos que trasvasan el siglo. No obstante todavía queda mucho por hacer. Acaso nuestra sociedad todavía carezca de suficiente madurez para reconocer que la edición y publicación de tales documentos debería convertirse en cuestión de Estado, en la medida en que la construcción de la historia cultural, presente y futura, también se sustenta sobre la intrahistoria en silencio que contienen las cartas privadas de quienes un día fueron protagonistas de nuestra historia común.